

Domingo XXII Ordinario del ciclo A.

La gran exigencia de la fe que profesamos.

Estimados hermanos y amigos:

Quienes tenemos la dicha de vivir en países democráticos, no estamos obligados a acatar los preceptos de ninguna religión, así pues, el hecho de aceptar vivir bajo el cumplimiento de los preceptos de la religión que decidamos aceptar, es voluntario. Si consideramos que es imposible el hecho de encontrar una religión en que ninguno de sus líderes ni de los creyentes que la profesan hayan evitado el hecho de hacer el mal, parece imposible la idea de decidir cuales de esas religiones es aquella en que Dios quiere que creamos. Muchos cristianos, además de ser libres por el hecho de vivir en países aconfesionales, también nos consideramos libres, porque Dios creó al género humano dotándolo de libertad, aunque muchos hombres, en virtud de dicha libertad, y por causa de su desconocimiento de la Deidad Suprema, han optado por no creer en el Altísimo.

¿Nos obliga Dios a que seamos cristianos a la fuerza? Dios creó a los hombres con el pensamiento de que los tales alcanzaran la plenitud de la felicidad viviendo en su presencia. Dado que Dios dotó a los hombres de libertad, la única forma que tiene de que alcancemos la plenitud de la dicha en su presencia, consiste en hacernos vivir la experiencia de sus dones y virtudes, configurándonos a su imagen y semejanza espiritual, según vamos conociéndole, a lo largo de nuestros años de formación religiosa. Todas las religiones cristianas especulan mucho con respecto a quienes se salvarán cuando Dios nos juzgue al final de los tiempos, pero, si habrá quienes se jueguen la posibilidad de alcanzar la plenitud de la dicha viviendo en el Reino de Dios, los tales serán quienes, conociéndole, no cumplan sus preceptos, los cuales están orientados a que alcancemos la citada felicidad.

Dios nos dice en la Biblia:

"Y ahora, Israel, ¿qué te pide tu Dios, sino que temas a Yahveh tu Dios, que sigas todos sus caminos, que le ames, que sirvas a Yahveh tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, que guardes los mandamientos de Yahveh y sus preceptos que yo te prescribo hoy para que seas feliz?" (DT. 10, 12-13).

Si creemos que nuestra profesión de fe es una especie de esclavitud, no podremos sentirnos dichosos al ver cómo crecemos espiritualmente a través del tiempo en que somos instruidos para que sea aumentada la fe que nos caracteriza, porque consideraremos que la misma es una carga difícil de soportar.

La grandeza de los cristianos se manifiesta en la capacidad que tenemos de superar los momentos difíciles que caracterizan nuestra vida. En el Evangelio del Domingo XXI Ordinario, Jesús le dijo a San Pedro, cuando dicho Apóstol le dijo que es el Mesías, el Hijo del Dios vivo:

"«Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (MT. 16, 17).

Cuando San Pedro vio que había conseguido aquello por lo que muchas veces los Apóstoles de Jesús discutían entre sí, -ser el principal de los Doce, a quien se le tenían que someter sus compañeros-, Jesús sorprendió a sus amigos.

"Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!" (MT. 16, 21-23).

Al considerar que Jesús le hizo el principal de sus seguidores, viendo que el Señor iba a cometer la locura de suicidarse, San Pedro sintió que debía hacer que su Maestro entrara en razón. Por su parte, Jesús reprendió al que sería el primer Papa de la Iglesia delante de los demás Apóstoles, para que los tales no se sintieran despreciados por su Rabbi, pensando que Jesús tenía una relación más íntima con su primer Vicario que con ellos.

Según el texto original de MT. 16, 23, Jesús no llamó a San Pedro "Satanás", pues le dijo que tenía que cumplir la misión con que el Padre le envió al mundo, aunque el texto original ha sido adulterado conscientemente, con tal de que no se nos pase por la cabeza la idea de desobedecer a nuestro Padre común.

Todos los años, al celebrar la Pasión de Jesús el Viernes Santo, recordamos el siguiente fragmento de la Carta a los Hebreos:

"De la misma manera, no fue Cristo quien se arrogó a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que fue Dios quien le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; o como dice en otro lugar: Tu eres sacerdote para siempre según el rango de Melquisedec. Se trata del mismo Cristo que durante su vida mortal oró y suplicó con fuerte clamor, con lágrimas incluso, a quien podía liberarle de la muerte; y ciertamente fue escuchado por Dios, en atención a su actitud de acatamiento. Pero Hijo y todo como era, aprendió en la escuela del dolor lo que cuesta obedecer. Alcanzada así la perfección, se ha convertido en fuente de salvación eterna para cuantos le obedecen" (HEB. 5, 5-9).

Si Jesús, -el Hijo perfecto de Dios-, tuvo que pasar por la escuela del dolor, para demostrarnos que el Dios Uno y Trino nos ama, y para que en el juicio universal no le acusemos de desconocer el dolor en que muchos han vivido sumidos, ¿hacemos bien al pretender vivir una vida carente de dificultades?

El sufrimiento, por sí mismo, ni es deseable por nuestra parte, ni Dios desea que lo padezcamos, aunque no nos lo evita, porque nos aporta enseñanzas útiles, si no lo vemos como una desgracia.

De la misma manera que los Apóstoles veían inútil el hecho de que su Maestro se dejara sacrificar por sus enemigos, quienes no comprenden la utilidad que tiene el dolor para los cristianos, también se escandalizan, al tener la impresión de que Dios actúa indiferentemente, al no evitar el padecimiento de la humanidad.

Si consideramos la utilidad que tiene el dolor, podremos comprender las siguientes palabras de nuestro Salvador:

"«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida? «Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta"" (MT. 16, 24-27).

¿Qué significan las palabras de Jesús referentes a que nos neguemos a nosotros mismos, y nos dispongamos a seguirlo? Aunque las citadas palabras de nuestro Salvador afectan más a los religiosos que a los laicos, todos los cristianos practicantes debemos prestarles atención, porque, el hecho de trabajar en la viña del Señor, siempre comporta renunciaciones, aunque, muchas veces, sean insignificantes. Hay quienes renuncian a sus actividades de ocio, al tiempo que pueden pasar con sus familiares y amigos, al hecho de casarse, e incluso a la posibilidad de alcanzar la felicidad formando una familia, con tal de entregarse plenamente al cumplimiento de la voluntad de nuestro Padre común. Debido a los casos de sacerdotes que han abusado sexualmente de niños pequeños, muchos creyentes y enemigos de la Iglesia critican duramente el celibato de los clérigos. No es esta la ocasión de meditar sobre el celibato, pero he de decirles que el mismo no fue inventado por la Iglesia, pues, antes y después de la fundación de nuestra Iglesia, muchos han asumido esa práctica libremente, y no se puede decir de todos que han cometido inmoralidades sexuales.

¿Qué quiere decirnos Jesús cuando nos insta a que tomemos nuestra cruz y le sigamos? Dado que Dios lo puede todo, al Señor, más que nuestra posición social y nuestra capacidad de actuar sin error, le importa la disposición que tenemos a cumplir su voluntad. Aunque tenemos hermanos que por causa de las enfermedades que padecen no pueden acceder a ningún ministerio eclesiástico, el hecho de estar en condición de inferioridad con quienes están sanos o tienen muchas riquezas, no nos imposibilita para servir al Señor, pues nos ayuda a ser predicadores eficientes, a partir de nuestro conocimiento de la vivencia y la superación del dolor.

Jesús nos dice que quien quiera enriquecerse u obtener cualquier beneficio por causa de la utilización de la religión para alcanzar sus intereses personales, perderá la vida eterna. Al contrario, quien renuncie al goce de los placeres de esta vida para consagrarse a contribuir a concluir la instauración del Reino de Dios en el mundo, conseguirá la vida eterna, porque, sin pensar en su interés personal, se dedicará

total o parcialmente a cumplir la voluntad de nuestro Padre común, pensando en la salvación de sus hermanos los hombres.

Concluyamos esta meditación, pidiéndole a nuestro Padre común, que nos inspire a los cristianos el deseo de unirnos, para que, al tener una misma fe, estemos dispuestos a hacer cuanto esté a nuestro alcance, para que la humanidad anhele la salvación eterna. Amén.

(José Portillo Pérez).